

PARA UNA CARACTERIZACION DE LA ARQUITECTURA LATINOAMERICANA

ARQUITECTA MARINA WAISMAN/ARGENTINA

Ponencia presentada en el IV Seminario de Arquitectura Latinoamericana. Tlaxcala, México 1989



Banco Agrario del Perú, Sucursal Cusco. Arquitectos Frederick Cooper, Antonio Graña, Eugenio Nicolini. Nótese la integración del Banco a la típica trama cuzqueña.

Durante largo tiempo se ha jugado o apreciado nuestra realidad arquitectónica en función de otras realidades: se la ha categorizado con pautas surgidas de otras arquitecturas y de otras realidades urbanas; se la ha apreciado o despreciado en tanto se acercara más o menos a los ideales de otras arquitecturas. Esta situación se ha revertido ya, al hacerse presente en la escena de la teoría la historia y la crítica un valioso núcleo de estudios que intentan mirar la arquitectura de nuestros países, tanto la del presente como la del pasado, con ojos americanos y con instrumentos propios que, al cambiar el punto de vista, puedan enfocar el objeto de análisis en el marco que le corresponde.

Se está construyendo así, poco a poco, una interpretación que pueda dar cuenta de problemas y valores propios, colaborando de ese modo a una caracterización y consiguientemente a una orientación de la praxis arquitectónica y urbana. No es poco lo que ya se ha avanzado, pero coincido con Silvia Arango en definir el estado de estos estudios como un "diálogo preñónico", lo que me ha impulsado a analizar algunos de los conceptos que se manejan en dichos discursos con la intención de continuar el camino e intentar su profundización.

Los temas que nos preocupan giran, en general, alrededor de ciertas antinomias que no son sino distintas caras de una tensión común: universalismo/localismo, modernidad/identidad, centro/periferia, etc. Para resolverla se han acuñado distintas fórmulas, tales como "Modernidad apropiada" (Cecilia Fernández-Gox), "Espíritu del tiempo y espíritu del lugar" (Enrique Browne), "Regionalismo" (diversos autores), "Regionalismo crítico" (Alexander Tzonis, retomado por Kenneth Frampton). Quitara, pues, dejando de lado la interpretación eurocéntrica, ya superada por nuestros trabajos, concentrarme en el análisis de estas propuestas latinoamericanas.

Espíritu del tiempo/Espíritu del lugar. Enrique Browne desarrolla este tema en un libro reciente, así como en anteriores encuentros SAL.

Se trata de superar la antinomia modernidad/identidad mediante la conciliación de la cultura —o civilización, concepto que usa el autor, sobre el cual no creo pertenecer abundar aquí— de los avances científicos y tecnológicos del mundo desarrollado con las culturas locales, dicho sea esto en términos muy simplificados.

Ahora bien, al hablar de un espíritu del tiempo parece quedar implícita la existencia de un tiempo universal, de un tiempo único que representaría la marcha general del mundo. Pero la existencia de un tiempo único, uniforme, ha sido discutida tanto desde la sociología como desde la historiografía. El sociólogo francés Gurwitsch ha analizado los variados tiempos que coexisten en una sociedad en cada momento: tiempo lento, tiempo acelerado, tiempo retardado, entre otros, los que reflejan el distinto ritmo de avance de los distintos componentes del tejido social y cultural (el ritmo de las instituciones sociales, por ejemplo, es más lento que el de la ciencia y la técnica; el del arte puede ser alternado, con "avances", "retrocesos", "faltas"; el de la política va, constantemente, etc., etc.). Fernand Braudel, por su parte, instaló en la historiografía los conceptos de las dura-

ciones históricas, que permiten estudiar más profundamente el complejo devenir de la historia.

Por nuestra parte, podríamos afirmar, en términos estrictamente históricos, que nuestra América y su arquitectura viven simultáneamente en tres tiempos históricos: el Pre-moderno, el Moderno, y el Post-moderno. El Pre-moderno: puesto que vivimos en una sociedad insuficientemente tecnificada y en unos Estados administrativos y políticamente ineficientes, que afectan la posible modernidad de la producción arquitectónica de un modo directo. El Moderno: porque mantenemos vivas ciertas ideologías típicamente modernas, como la del progreso material, con el consiguiente culto a la alta tecnología y la adopción de modelos y procesos de diseño modernistas. El tiempo Post-moderno: ya que aceptamos el pluralismo, hacemos la crítica de la Modernidad, adherimos al creciente rechazo de los modelos, y estamos tomando conciencia de la propia identidad —esto entre los aspectos positivos—; así como caemos en la frivolidad y el relativismo derivados de los efectos de la comunicación de masas.

Debe recordarse, además, que la mayoría de



Cecilia-Gox.



Revista Proyecto 103.

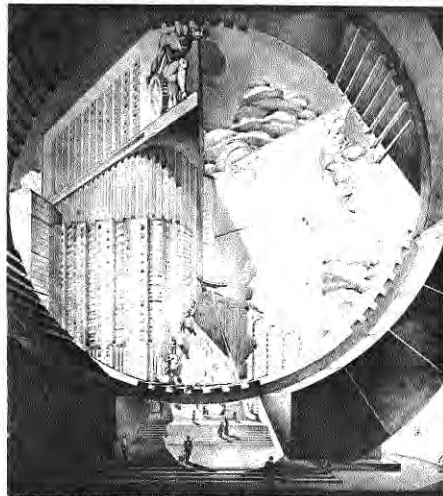
los pensadores europeos proclamaban el fin de la historia—es, el fin del *fluir* del tiempo—, en una visión evidentemente eurocéntrica (y apocalíptica), puesto que lo que se ha acabado, sin duda, es la historia global, la historia étnica cuyo hilo conductor—con eje en Europa, claro está—se subordinaban todas las posibles historias. La incompetencia largamente sufrida por la arquitectura latinoamericana deriva, por cierto, de aquella concepción de la historia. También se habla de la presentificación del tiempo, causada por el flujo de la información.

Me parece, pues, que el concepto de tiempo se presenta como una categoría demasiado ambigua, casi inabordable, como para que, sin un análisis más profundo, podamos aceptarlo como parámetro para la caracterización que estamos buscando.

No ocurre lo mismo en lo concerniente al espíritu del lugar, tema sobre el que existen reflexiones valiosas que han ido conformando un concepto rico, susceptible de ser leído desde varios ángulos que no se contradicen entre sí, y acerca del cual parece obligada la referencia a Neuberger-Schulz. Su definición se concreta en lo

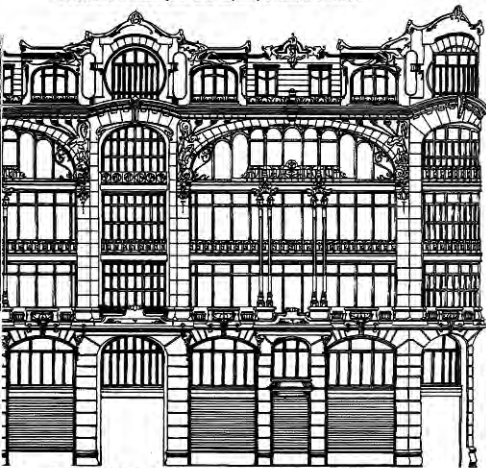
fórico, pero apoyada en la teoría y la historia del lugar, pues a su juicio el lugar es (entonces) —la vida misma: la vida se realiza en el habitar, y el habitar presupone el lugar. Es la suya una actitud existencial, que rechaza la arquitectura abstracta, la arquitectura del no-lugar.

Por mi parte, creo que una arquitectura "de espíritu" que expresa e representa lo universal y lo abstracto, puede quizás tener sentido en un medio cultural de larga tradición de pensamiento, de reflexión sobre sí mismo, que le haya permitido trascender los problemas específicos llevándolos a un plano de generalización o de abstracción. Pero en un mundo como el nuestro, aligado por la fragmentación, por la discontinuidad, por la heterogeneidad, resultaría sumamente difícil (y quizás inadecuado) inventar la definición y representación de essencias. Nuestro mundo, de complejos orígenes y confuso desarrollo, puede hallar apoyo más sólido en el acontecimiento concreto que en las ideas abstractas, porque el acontecimiento da mejor cuenta de su verdadera naturaleza (lo que no implica que no pueda elevarse a partir de él a una reflexión general o a una creación poética.



"El Fordismo exaltaba el poder de la máquina por la máquina misma."

H. de la Arquitectura VISCONTI



"... el valor de lo nuevo, de la juventud, se proclamaba en el Art Nouveau..."

Revista Síntesis N° 252.



H. Fox T.

"... ya no puede suprimirse la homogeneización como ideal... es necesario hacer prevalecer la heterogeneidad sobre la homogeneidad..."

como lo demuestra la novelística del realismo mágico) y porque, además, a lo largo de su historia ha sido permanente la contradicción y el desencuentro entre las ideas y las prácticas (desde los decretos del Rey de España hasta las constituciones de las Repúblicas).

De ahí que las búsquedas orienten hacia la existencia, y el significado del lugar como sede de la vida social señale un camino de indudable valor, como lo muestra el análisis creado de Enrique Browne.

Y con esto nos hemos internado ya en una tema arduamente debatido, que cuenta con adherentes y detractores por igual: el Regionalismo.

La principal desconfianza que depieta esta actitud se refiere a la posible ideología reaccionaria que podría implicar su desviación hacia un cerrado nacionalismo, hacia el chauvinismo, provocada por un excesivo énfasis en lo particular (S. Arango). Es contra esta posibilidad que Browne busca conciliar a un espíritu del tiempo, acertada en la intención pero quizás, como acabo de comentar, necesitada de una mayor precisión en uno de sus términos.

Cristián Fernández-Cox, por su parte, considera que la denominación de "regionalismo" aplicada a la arquitectura que intentamos una expresión local correspondiente a una visión desde el centro, algo contra lo cual combate al denunciar el heterocentrismo de nuestra élite intelectual. Sin embargo, creo que precisamente el término "región" o al sustituirlo de "periferia" sí afirma la cuestión en un terreno neutral, no dependiente de un centro. Pues, como lo he comentado en el pasado SAL, una periferia tiene como referencia alguna un centro, que le provee los modelos a partir de los cuales será juzgada su producción; en tanto que una región se juzga por sus propias pautas y no reconoce centro alguno al cual deba subordinar su producción o del cual deba esperar modelos y juicios. Una región es una unidad cultural entre otras, ninguna de las cuales pueda originar en modelo ni reivindicar una posición recora.

Antonio Fernández-Alba, a su vez, ataca la noción de regionalismo señalando que las unidades en las que se produce la arquitectura son, antes que las regiones o aun las naciones, las ciudades, y que en ellas es imposible conseguir "al margen" de los modelos de la producción propios del modelo hegemónico y al margen de sus imperativas tecnológicas y administrativas". No hay duda de que el tema de las metrópolis presenta situaciones específicas que exigen una consideración particular. Pero tampoco puede haber dudas, creo, acerca de las diferencias que separan la producción de arquitecturas en ciudades como Bogotá, México, Salvador de Bahía, París o Nueva York. En cada una de ellas —y podría multiplicar los ejemplos—, desde el ambiente urbano a las condiciones de la producción, numerosos factores inciden para exigir una interpretación única del "modelo hegemónico" y los imperativos tecnológicos". Perárceta que se asigna a la palabra región un significado rural o semi-rural, cuando en realidad debiera referirse a una determinada unidad cultural y ambiental, que bien puede estar constituida por una metrópolis. En este

sentido, merece atención la observación del mismo Fernández-Alba, recomendando una aproximación antropológica a la cuestión, lo cual, a mi juicio, no elimina la aproximación regional sino que la complementa.

Si hay algo realmente positivo que ha derivado de la crítica al modernismo producida por el pensamiento posmoderno es el derrumbe de los modelos hegemónicos, el reconocimiento de las diferencias: la diferencia ya no como distinción con respecto o algo canónico, sino como cualidad en sí (Derrida), como un modo de reconexión a sí mismo. En ese sentido, el reconocimiento de la región como entidad cultural diferente en sí misma, con cualidades y requerimientos específicos derivados de su propia condición, no puede ser considerado, a mi juicio, como una actitud reaccionaria, sino como un avance hacia una nueva y más adecuada concepción de la modernidad.

Reconozco una y otra vez a la tensión entre lo universal y lo particular, entre el proceso de homogeneización que domina nuestra época y la urgencia por consolidar una identidad. Los procesos de masificación, de asimilación, de contaminación cultural, se han sucedido a lo largo de toda la historia humana, aunque quizás nunca se hayan producido en la escala, con la fuerza de penetración y con el uso de relaciones ideológicas y de poder que caracterizan la situación actual. Pero por otro lado, en ese proceso de homogeneización regido por el mundo occidental han pervivido (Gianni Vattimo habla de supervivencias) y Octavio Paz de pervivencias, significativamente) los diferentes culturas que a su vez están invadido y contaminado por la pérdida de dominación. La presencia cada vez más pesante de población latinoamericana en Estados Unidos, así como la de asiáticos y africanos en diversos países europeos desarrollados, han dado como resultado una realidad mixta que no deja de sentir represión en la revalorización de los "valores" que acompaña a la pérdida de entidad del centro. Sin embargo, la mentalidad "provinciana" de sentirse centro del mundo, de creer que el mundo acaba más allá de las propias fronteras, que denuncia Ortega ya en 1926 para los europeos, y que Silvia Arango señala ahora para los neoguineanos, no parece haber cesado en esas realidades. Valga como ejemplo la calificación que hace Kenneth Frampton del "Regionalismo Crítico" que él mismo pregunta, como retroguardia.

Retroguardia es, naturalmente, lo opuesto a vanguardia. Pero es que hoy no hay vanguardias vanguardistas. Quiénes, desde los países "centrales", alardean de vanguardias, son profundamente reaccionarios: los historicistas, que abusan preventivamente de la historia y son incapaces de abrir un camino hacia el futuro; o los que buscan una solución a su crisis refugiándose en el pasado pre-industrial; y, por supuesto, no más bien hacia el futuro. En no las manifestaciones son, en cierto modo, vanguardistas no, porque nos dirigimos más fácilmente hacia el futuro que hacia el pasado. La nostalgia no es nuestro fuerte. Cuando intentamos revisar el pasado logramos, a lo sumo, inventar una imagen cinematográfica de un pasado inexistente

(como en el neocolonial o californiano). Eso sin hablar de los cultivos de la nostalgia ajena. Pero esa verdadera nostalgia que hace añorar un pasado "que siempre fue mejor" no suele tener adónde en estos países que mantienen viva la fe en el progreso, en un posible ideológico que nos fue inculcado junto con el virus de la modernidad.

Vuelvo al concepto de Frampton acerca del Regionalismo. No sólo habla de una posición de resguardar sino que la califica como actitud de resistencia. Repetidamente he cuestionado a los modelos propios de los países a las realidades regionales. Pues en la zona a mi propuesta pasiva: resistir, proteger desde atrás de la línea de comarcas, quedarse en el refugio mientras el mundo se derrumba. Posición desencantada y reaccionaria. Creo que la comprensión y la práctica del regionalismo de nuestros arquitectos, por sí contrario, consisten en buscar caminos propios, en dirigirse hacia la conformación de una cultura arquitectónica original, en una posición eminentemente activa que difiere profundamente de la actitud de atrincherarse en terreno conocido para impedir la invasión. Por eso comparto la idea de emergencia—separación de los caminos aparentemente paralelos—a fin de resistir más. Todo lo que me hace pensar que estamos más cerca de una vanguardia que de una resguardada. Al menos, estamos marchando en lugar de permanecer.

Es ya tiempo de abandonar el tema central de la modernidad.

Como nunca hemos alcanzado plenamente la modernidad, no vale la pena que nos ocupemos mucho de la posmodernidad. La posmodernidad puede interpretarse de dos modos opuestos: o bien es una postura anti-moderna, o es que permanece ligada a la modernidad en una relación negativa: o bien considera acabada la modernidad y con ella las mismas ideas; o bien creo que nos impone asumir actitudes "anti"-sino buscar orientaciones: "pro"; y, por otro lado, tampoco creo que nos interese considerar la hipótesis del fin de la historia, pues, como decía hace un momento, intentaríamos iniciar nuestra propia historia, nuestra historia verdadera.

No quiero, por otro lado, ser ingenuo con el Posmodernismo, pues a este viraje de la sociedad y la cultura actuales le debemos más de una puerta abierta: el derrumbe de los modelos vinculantes, la aceptación del pluralismo, la nueva fuerza de las identidades emergidas, etc., etc. Pero me parece más importante en esta ocasión discutir el concepto de modernidad.

La "modernidad apropiada" (C. Fernández-Cox) es una de las fórmulas más felices propuestas para enfrentar el conflicto entre lo universal y lo específico, entre la marcha del mundo desarrollado y las identidades particulares. Pero aquí también, como en el caso del tiempo, creo que cabe preguntarse si qué modernidad nos estamos refiriendo.

Pues el concepto de modernidad, como toda creación cultural, tiene un carácter histórico, y por tanto ha variado a lo largo del tiempo, adecuándose en cada periodo a las circunstancias, a las expectativas sociales, a las orientaciones de la producción cultural. El término "moderno" se usó por primera vez en el siglo V para distinguir el presente cristiano del pasado pagano. La gente se consideró moderna en muchas oportunidades, pero siempre expresó la conciencia de una época que se consideró a sí misma como una transición de lo antiguo a lo nuevo mediante esa cualificación: en el siglo XII, en el siglo XVII durante la famosa "querrela de los antiguos y los modernos". Ahora bien, hasta la Ilustración, modernidad equivalía a la recuperación del modelo de la antigüedad clásica, pero con la aparición de la ciencia moderna el concepto cambió de contenido y se dirigió ahora a la idea de progreso, el progreso infinito del conocimiento que implicaba el avance también infinito hacia el mejoramiento social y moral. (El modelo del pensamiento y del arte románticos contemporáneo fue entonces la Edad Media antes que la Antigüedad). (Habermas).

Ya en el siglo XIX, toda búsqueda de modelos clásicos en la historia se abandonó, y se estableció una oposición total entre tradición y presente. Esta modernidad es la que se ha extendido a lo largo de nuestro propio siglo, y tiene caracteres que la distinguen claramente de las anteriores. Ante todo, la ideología del progreso estaba ahora centrada en el avance de la ciencia (aplicada) y ya no del conocimiento en sí, relacionada así con la técnica y la producción de bienes y sin conexión con el progreso

moral. Otro aspecto fundamental es la elevación de lo nuevo a valor absoluto, "el valor al que todos los demás valores se refieren" (Gianni Vattimo). La homogeneización como proceso implicaría la exclusión de todo aquello que no se conforme al modelo propuesto, de todo lo heterogéneo. La concepción de un mundo ordenado y medible, cuantificable, la racionalidad elevada a único instrumento de conocimiento (y de dominio), etc., etc., marcan el sentido último de esta modernidad.

Los movimientos arquitectónicos y artísticos encarnaron con gran claridad esos ideales (así como la exclusión de algunos de ellos hicieron evidente el triunfo de la ideología dominante). El valor de lo nuevo, de la juventud, se proclamaba en el Art Nouveau o en el Jugendstil; la preocupación por cuestiones éticas maraba al Futurismo, en el que se exaltaba el poder de la máquina por la máquina misma; los modelos urbanos que clasificaban la vida humana, la sociedad leída como homogéneo conjunto de ese tipo, marcaban el dominio absoluto de la racionalidad, que se materializó en la llamada línea dura del Movimiento Moderno.

Las críticas a esta ideología en campo arquitectónico datan de algunos decenios, en tanto que la razón, como eje y motor de ella, ha sido objeto de crítica y discusión desde los comienzos mismos del siglo pasado por parte de los filósofos, una crítica que se ha renovado con la cultura posmoderna, y sobre la cual no es necesario volver en esta ocasión.

La ideología de la modernidad, a su vez, ha dado lugar al surgimiento de un sistema autónomo, la modernización. La modernización es el proceso técnico-económico-social que, producido a partir de las premisas de la modernidad, se ha separado de esas bases conceptuales, ya desarticuladas, adquiriendo una especie de "ruina" (el progreso como ruina) que le hace continuar con sus propias leyes en un proce-

so/progreso indefinido. Ya lo señalaba Argan hace varias décadas, cuando indicaba que el desarrollo de la técnica había abandonado la historia para seguir una línea independiente del transcurrir histórico proclamado así. El fin de la historia, proclamado ahora por distintos voces, era advertido por Argan en esta profunda división de la actividad humana, cuyo desarrollo se ve afectado por unas fuerzas que continúan su camino autónomamente, sin una relación binómica con la sociedad real.

Frente a esta situación profundamente esbozada, y frente a los profundos cambios que se han producido en el mundo, en lo que llamamos la sociedad posmoderna—el pluralismo cultural, el despertar de las conciencias, el constante reclamo por los derechos humanos en sus más variadas acepciones, sin hablar de los desastres ecológicos derivados precisamente de la modernización, etc., etc.—¿podremos simplemente intentar una actualización de esta modernidad a la nueva situación?, ¿tiene ella bases suficientes como para permitir semejante operación?, ¿no se han deteriorado ya insosteniblemente sus presupuestos iniciales?

Dada la condición histórica del concepto de modernidad a que me he referido antes, y que da cuenta de los profundos cambios en sus contenidos, ¿no sería ya el momento de replantear el concepto mismo, de concebir nuevos significados para él?, ¿no sería el momento de definir la modernidad apropiada, no sólo para nuestros pueblos, sino, de un modo más general, para las circunstancias de la historia contemporánea? No nos resignemos a aceptar un mundo "posmoderno" en el que el error por el futuro que ha caracterizado a la modernidad se haya perdido para siempre; un mundo que acepte el fin de la historia; que sólo sea capaz de definirse a sí mismo en relación a una idea que considera muerta; que no puede aceptar la actitud de sujeción porque ella corresponde, precisamen-

te, a la modernidad a la que acaba de dar ceniciento de defunción.

No creo que pueda existir una modernidad apta para los pueblos desarrollados y otra modernidad (¿de segunda?) para nosotros. Creo, por el contrario, que es ya tiempo de que el nuevo concepto de modernidad surja de un mundo que, a pesar de todas las circunstancias, todavía cree en un futuro, todavía cree en la necesidad de un proyecto, todavía cree en una historia que hay que empezar a escribir.

Esta nueva modernidad—sin adjetivos—tiene que señalarse nuevas metas y adoptar nuevos valores, conservando el impulso hacia el futuro que siempre la ha caracterizado, junto a la conciencia de su propia situación en la historia. Lo nuevo es sí mismo, como la técnica en sí misma, no pueden ya erigirse en valores supremos. Tampoco puede aceptarse la exclusión como método, ni la homogeneización como ideal: la inclusión debe predominar sobre la exclusión. En la heterogeneidad sobre la homogeneidad. El saber debería ocupar su sitio junto a la pura racionalidad, el saber en toda su profunda complejidad y riqueza, para guiar a la racionalidad hacia una mejor comprensión de los anhelos humanos. El infante debería ponerse en los valores existenciales, antes que en la abstracción de supuestas especies. El progreso forma parte inseparable de nuestras aspiraciones así como del concepto de modernidad. Pero el progreso debe entenderse como progreso del ser humano, progreso de la calidad de vida, de la dignidad humana, de la realización de las potencialidades humanas.

En el ámbito de una modernidad semejante encontraríamos natural conciliación las condiciones que nos afligen, nuestras ciudades y nuestra arquitectura podrían ser modernas sin arriesgar su identidad, y quizás los infinitos fragmentos en que ha estallado la sociedad contemporánea podrían hallar un marco común.



Colegio de México: Arquitectos Abraham Zabludovsky y Teodoro González de León. Ciudad de México.

Soc. Arquitectos Mexicanos. Ediciones de Arte Capulmex.

BIBLIOGRAFÍA

- Enrique Browne, Otra arquitectura latinoamericana. Ed. Tallas América, Sgo. de Chile, 1989.
- Cristián Fernández-Cox, "Nuestra identidad sumergida en los muros mínimos", en Sumario N° 126, nov/dic, 1988.
- Id., "Regionalismo crítico o Modernidad apropiada?", en Summa N° 248, abril 1988.
- Silvia Arango, "Crítica de la crítica: el provincialismo de sentarse en el centro", en Sumario N° 122, marzo/abril 1988.
- Alberto Saldaña, "Arquitectura como práctica cultural", en el mismo volumen.
- Antonio Toca Fernández, "Una arquitectura alternativa para Latinoamérica", en el mismo volumen.
- Ramón Gutiérrez, "Trasculturación, rupturas y persistencias en la identidad arquitectónica americana", en Summa N° 251, julio de 1988.
- Antonio Fernández Alba, "No volverá a región", en Sumario N° 126.
- Christian Norberg-Schulz, "Historia y lenguaje de la arquitectura", en el mismo vol.
- Octavio Paz, Tiempo y modo, ed. Sudamericana-Planeta, 1984.
- Id. Pasión crítica, Ed. Sudamericana-Planeta, 1985.
- Kenneth Frampton, "Hacia un regionalismo crítico: Seis puntos para una arquitectura de resistencia", en La Posmodernidad, Hal Foster ed. Knopf, 1985.
- Jürgen Habermas, El discurso filosófico de la modernidad, Taurus, 1989.
- Gianni Vattimo, El fin de la modernidad, Gedisa, 1986.
- Giulio Carlo Argan, Progetto e destino, Mondadori, 1965.
- Jean-François Lyotard, La condición posmoderna, Cátedra, 1986.